



EL MAYOR SERVICIO CARISMA DE LA COMPAÑIA DE JESUS

Jon Sobrino

Este trabajo es reelaboración de una charla tenida ante la Asamblea de la Conferencia de Religiosos de El Salvador (CONFRES) en Enero de este año. En la asamblea, tres religiosas y tres religiosos presentaron el carisma de su propia orden o congregación y su aporte a la Iglesia y al país. Con estas presentaciones se pretendía un mejor conocimiento mutuo entre religiosos y religiosas, tendiente a una acción conjunta más eficaz. Dada esta finalidad específica la presente exposición mantiene el tono familiar y directo, no científico o académico.

Me han pedido que hable del carisma de la Compañía de Jesús y también que explique el aporte de los jesuitas a nuestro país, El Salvador. Voy a tratar de responder a estas dos preguntas con brevedad, debido al poco tiempo de que disponemos; y me voy a concentrar más en el primer punto, pues el segundo es más conocido por ustedes. Pero antes de comenzar quisiera hacer dos aclaraciones que me parecen importantes.

1) Entiendo que la finalidad de esta reunión de religiosos y religiosas es para conocernos mejor y ayudarnos mutuamente en circunstancias tan difíciles para el país y la vida religiosa, en la que ha habido tanta persecución y varios mártires entre religiosos y religiosas. En esta situación concreta cuando le preguntan a un religioso por su carisma, no creo que se espere una respuesta puramente conceptual y abstracta, que pudiera conseguirse de la lectura de

los textos principales de una orden o congregación. Me parece más bien que se le pregunta al religioso qué es lo que realmente da sentido a su vida, qué es lo que debe ser y hacer hoy en El Salvador. Responder abstractamente sólo citando textos puede ser de alguna ayuda para comprender el carisma, pero puede ser también un modo de rehuir la respuesta, de refugiarse en verdades abstractas para no dar la respuesta vivencial e histórica que se espera. Cuando hoy se le pregunta al religioso por su carisma creo, más bien, que debe tener aquella actitud que exigía Pedro de todos los cristianos "estén siempre dispuestos a dar razón de su esperanza" (1 Pedro 3, 15).

Con esta actitud voy a intentar presentar lo que es el carisma de la Compañía de Jesús. Para ello hay que tener presentes, sin duda, los textos de S. Ignacio y de los Padres fundadores y también los textos autorizados de la última Congregación General XXXII, celebrada en 1974. A quien estuviere interesado en una presentación oficial y actualizada del carisma de la Compañía le recomendaría la lectura del Decreto Segundo de la CG XXXII, que se titula: "Jesuitas hoy. Declaración". Pero quisiera presentar estos textos desde sus realizaciones históricas ya en S. Ignacio, en la historia de la Compañía y en el momento actual. Esta dialéctica, esta mutua referencia de los textos a las realizaciones históricas y de éstas a aquéllos es lo que nos proporciona verdadera *lucidez* sobre el carisma de la Compañía.

Voy a presentar además mi visión personal del carisma, es decir, aquello que personalmente más me impacta, aquello que en veinticinco años de vida en la Compañía se va decantando para mí como lo que es la razón de ser de la Compañía, viendo lo que son y hacen muchos jesuitas y aprendiendo de ellos. Con este enfoque corremos sin duda el riesgo de que la presentación del carisma tenga menos precisión y un cierto margen de subjetividad, pero quizás esta presentación más vivencial gane en comunicación y pueda aportar no sólo lucides, sino también *ánimo* a otros religiosos. Completando la frase citada de Pedro me parece que hay que estar dispuestos a dar razón de la propia esperanza, pero de tal forma que eso genere también esperanza de otros. Para ganar lucidez y esperanza me parece a mí que no basta una presentación co-

recta y ortodoxa del carisma, pero abstracta, sino que hay que correr el riesgo de historizarlo y vivenciarlo.

2) La segunda aclaración es obvia y a ella han aludido también los anteriores ponentes al hablar de sus propios carismas. El carisma de la Compañía es lo mejor que tenemos los jesuitas como jesuitas. Pero todos sabemos que en ocasiones no hemos actuado según ese carisma y que a veces incluso hemos actuado en contra de él. Al presentar el carisma de la Compañía vamos entonces a idealizar un tanto la realidad. Para presentar la realidad histórica de la Compañía habría que mencionar también sus equivocaciones, sus yerros y pecados, cosa que no vamos a hacer ahora. Lo que quiero añadir es que los jesuitas somos conscientes de esa realidad pecaminosa y limitada. Aun cuando hablamos de nuestro carisma, sabemos que lo llevamos en vasos de barro y que lo realizamos como pecadores. El citado decreto de la CG XXXII comienza de esta forma: "¿Qué significa ser jesuita? Reconocer que uno es pecador y, sin embargo, llamado a ser compañero de Jesús" (D. 2, n.1). Lo que vamos a exponer a continuación es por lo tanto un carisma que se ha realizado en los mejores momentos de la Compañía; en la realidad secular y cotidiana esa realización está siempre tensionada entre la seriedad trágica de nuestra pecaminosidad y la seriedad gozosa de sabernos llamados por Jesús a ser sus compañeros.

1. El servicio: el jesuita es un hombre con una misión

En la Compañía, como en otras órdenes y congregaciones religiosas, existen muchos elementos importantes y sustanciales: consagración a Dios por los votos, trabajos apostólicos, espiritualidad, vida comunitaria, formación etc.. Un análisis exhaustivo del carisma requeriría un estudio de todos esos elementos, pues a través de todos ellos se realiza el carisma. No vamos, sin embargo, a realizar ahora esta tarea. Queremos más bien afirmar aquello que es el núcleo central del carisma de la Compañía, aquello que positivamente unifica todos los aspectos mencionados, y aquello sin lo cual todos los aspectos de la vida de la Compañía se reducirían a cosas buenas en sí mismas y de acuerdo a una teoría abstracta de vida religiosa, pero no de la Compañía de Jesús.

Por decirlo claramente y de una vez, para nosotros ese

núcleo integrador de toda la realidad de la Compañía y de cada uno de sus aspectos es *el servicio*. Si hubiera que caracterizar, por lo tanto, con una sola palabra al jesuita y mostrar con ella lo más específico suyo no dudaríamos en decir que el jesuita es un hombre para servir, cuya identidad última es el servicio.

Pudiera parecer que con esta caracterización del carisma de la Compañía no hemos avanzado mucho, pues según los evangelios el servicio es algo distintivo de todo servidor de Jesús; más aún, según el Nuevo Testamento cualquier carisma es un don para un servicio. El servicio debiera ser, por lo tanto, una identificación de cualquier tipo de vida religiosa que pretendiera ser simplemente cristiana. De todo esto se deduce que es evidente que la Compañía deba servir, pero no es tan evidente qué se quiere afirmar al decir que el carisma de la Compañía es precisamente el servicio.

Para avanzar en el esclarecimiento de esta cuestión hagamos una reflexión previa. En la vida religiosa tal como se ha ido configurando a lo largo de la historia existen al menos tres dimensiones importantes; a) la propia perfección y santidad a través de la consagración a Dios por los votos; b) el testimonio hacia afuera que ese tipo de vida produce; c) los diversos trabajos apostólicos. En un sentido, las tres dimensiones pueden ser servicio y así se constata históricamente. Las tres cosas son obviamente buenas y sustanciales en la vida religiosa. Pero si se las considera desde el punto de vista del servicio son realidades diferentes. La santidad personal y perfección interior, incluso cuando no son conocidas históricamente y visiblemente, son sin duda una vivificación de todo el cuerpo de la Iglesia; el testimonio con el ejemplo indudablemente cambia el entorno y produce frutos; los trabajos apostólicos tratan de incidir directamente en el cambio para el bien de personas e instituciones, en sus aspectos humanos, eclesiales y cristianos. Estas tres dimensiones son por lo tanto buenas y sustanciales en la vida religiosa; pero en cuanto sean consideradas como servicio son realidades análogas, porque son servicio de diferente forma.

Al decir, entonces, que el carisma 'específico' de la

Compañía es el servicio estamos afirmando dos cosas importantes. La primera es la evidente importancia que se da a los trabajos apostólicos *directos*, visibles, que pretenden en directo una eficacia histórica para ayudar, cambiar y mejorar a los hombres y a los cristianos, a la historia y a la Iglesia. Es esta una verdad atestiguada por la historia de la Compañía, una verdad, por lo tanto, de hecho; y es además una verdad de derecho, pues para la realización de esos trabajos apostólicos se fundó la Compañía. La segunda cosa es que incluso la consagración a Dios y la propia perfección que se pretende, y el testimonio de esa vida consagrada --aunque ambas realidades tengan una relativa autonomía y deban ser fomentadas con mecanismos específicos-- *en principio* deben estar reguladas por el ideal del servicio directo y eficaz. Dicho en breves palabras el servicio apostólico se convierte en finalidad específica de la Compañía y en elemento integrador de las otras dimensiones de la vida religiosa en la Compañía. El servicio es, por lo tanto, el carisma de la Compañía, porque no es 'una' entre las varias cosas que haya que ser y hacer, sino aquella que goza de absoluta supremacía. El jesuita no es entonces sólo un servidor, sino un hombre apasionado y obsesionado por el servicio.

1.1 En el origen de esta pasión y obsesión por el servicio creemos que está la propia experiencia personal y espiritual de S. Ignacio. Sin pretender ahora analizar eruditamente esa experiencia y la historia de esa experiencia, dos cosas me llaman la atención, a partir de su conversión, que pueden iluminar ese talante suyo servicial. En su proceso de conversión existen dos momentos lógicos diferentes, aunque cronológicamente esos dos momentos pudieran estar relacionados muy complejamente y no de la forma simplificada en que los vamos a presentar.

En un primer momento S. Ignacio quiere abandonar sus pecados y el mundo de pecado en que había vivido. Para ello se propone como modelo a Jesús y a los santos, cuyas vidas lee; quiere imitarlas y aun superarles en largas oraciones y penitencias. Sin duda hay aquí una profunda conversión; pero la superación de su pasado la entiende desde el modelo que pudiéramos denominar "ser santo". De alguna

forma, incluso a través de su santidad, S. Ignacio sigue preocupado consigo mismo, aunque eso lo haga con absoluta honradez subjetiva y en total apertura a Dios.

En un segundo momento su conversión toma una expresión diferente. El ideal del cambio de vida se formula ahora como "ayuda a las ánimas". La preocupación de su vida van a ser los otros y el servicio a los otros. Quizás la forma más gráfica y elocuente de presentar ese cambio sea recordar el hecho de que a los 34 años, cuatro después de su conversión, comienza a estudiar los rudimentos del latín, para poder seguir después con los estudios de artes y teología. La razón profunda para comenzar a edad tan avanzada los estudios, asistiendo a clase con niños, no es otra que la de poder ayudar y servir. Desde entonces supeditará a esa ayuda y a ese servicio las penitencias y oraciones que tanto le habían entusiasmado antes.

Dicho de forma un poco provocativa pudiéramos decir que en un primer momento S. Ignacio quiso "ser santo" y en un segundo momento quiso "ser servidor". Es obvio que no hay oposición entre ambas cosas, sino verdadera complementaridad; es obvio que S. Ignacio fue un santo y un servidor. Lo que queremos recalcar es que el "ser servidor" fue cada vez más la concreción histórica de "ser santo", la forma concreta para él de responder a Dios. Cuando S. Ignacio se pone delante de Dios se convence cada vez más que su voluntad para él es el servicio a otros, "la ayuda a las ánimas"; que el apostolado es su forma específica de vida, a través de la cual él mismo irá respondiendo y correspondiendo a Dios como persona individual; que la santidad personal no tiene ya sentido en sí misma, sino es en relación con el servicio; que el apostolado será la última norma para fomentar o disminuir lo que en su tiempo eran considerados como mecanismos normales de adquirir la santidad y avanzar en la perfección.

Ese Ignacio servidor pronto buscó compañeros para "aprovechar las ánimas". Durante años él y sus compañeros se dedicaron a toda suerte de servicios apostólicos, realizando ya, aun antes de ser fundada, lo que iba a ser el núcleo del carisma de la Compañía. En un momento determinado deciden fundar la Compañía de Jesús como orden religiosa.

Es muy importante captar la razón última para esa fundación. S. Ignacio sin duda tenía gran aprecio de la vida religiosa como tal, aunque conociese de cerca el estado de relajación en que habían caído varios religiosos de su tiempo. En un momento de su vida él mismo quiso entrar en la Cartuja. La vida religiosa era para él buena y santa. Pero su decisión al fundar la Compañía no está motivada para ofrecer 'otra' orden religiosa que, por acumulación, aumentase las posibilidades de santificación de los cristianos de su tiempo. S. Ignacio y sus compañeros deliberaron más bien qué forma de vida estable debían tomar quienes ya vivían y trabajaban juntos. Se preguntaban incluso si en la nueva forma de vida que querían emprender debería haber voto de obediencia o no. El resultado de esas deliberaciones es conocido, y S. Ignacio funda la Compañía de Jesús.

En los 16 años en que S. Ignacio fue Superior General de la Compañía se preocupó de legislar y orientar a aquellos que no eran ya solamente compañeros en el servicio, sino 'religiosos'. Abordó por ello todos los innumerables aspectos de algo tan complejo como es una orden religiosa. Pero en todo ello prevaleció su vocación y talante personal de servicio. Así aparece en el primer documento oficial de la Compañía de Jesús: la fórmula del Instituto, incluida en la bula de aprobación de la Compañía por Paulo III en 1540. Así comienza la fórmula:

"Cualquiera que en esta Compañía, que deseamos que se llame la Compañía de Jesús, pretende asentar bajo el estandarte de la cruz, para ser soldado de Cristo, y servir sola su divina Majestad, y a su esposa la santa Iglesia, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra, persuádase que después de los tres votos solemnes de perpetua castidad, pobreza y obediencia, es ya hecho miembro de esta Compañía. La cual es fundada principalmente para emplearse toda entera en la defensa y dilatación de la santa fe católica, predicando, leyendo públicamente y ejercitando los demás oficios de enseñar la palabra de Dios, dando ejercicios espirituales, enseñando a los niños y a los ignorantes la doctrina cristiana,

oyendo las confesiones de los fieles y suministrándoles los demás sacramentos para espiritual consolación de las almas. Y también es instituida para pacificar los desavenidos, para socorrer y servir con obras de caridad a los presos de las cárceles y a los enfermos de los hospitales, según que juzgáremos ser necesario para la gloria de Dios y para el bien universal. y todo esto ha de hacer graciosamente, sin esperar ninguna humana paga ni salario por su trabajo".

El nervio de esta fórmula y la lógica que la recorre no es otra cosa que el servicio. Aparecen también modalidades específicas de ese servicio, que forman parte del carisma de la Compañía, y que analizaremos después: hay que servir bajo la cruz, en obediencia al Romano Pontífice, juzgando de los servicios concretos eclesiales y humanos, y sirviendo simplemente sin esperar recompensa. Pero esas modalidades cualifican la intuición fundamental: ser jesuita es "servir", "militar", en el lenguaje metafórico de la milicia, tan usado por S. Ignacio. La Compañía de Jesús ha sido fundada "para emplearse toda entera" en diversos apostolados.

Esa pasión y obsesión por el servicio, presente en el inicio histórico de la Compañía, es lo que después aparecerá en las Constituciones y lo que influirá en especificar 'jesuiticamente' las diversas realidades de una orden religiosa ya constituida. Desde ahí se entienden la concepción apostólica de la consagración a Dios por los votos y de la vida comunitaria; la abolición del coro en el rezo del oficio divino para mayor libertad apostólica; el especial voto de obediencia al Sumo Pontífice para ser enviado a cualquier parte sin demora; la espiritualidad del jesuita, resumida en la conocida sentencia de "contemplativo en la acción"; la insistencia en una larga y sólida formación que capacite para el servicio eficaz; el hincapié en la obediencia como mecanismo apto de servicio, y tantas otras cosas que S. Ignacio fue introduciendo novedosamente en la vida religiosa. Así se entiende también --mencionémoslo como anécdota esclarecedora-- el único miedo que tenía S. Ignacio al morir: que después de su muerte se abriera la mano en admitir a la Compañía. Su preocupación no es que hubiese muchos

jesuítas, ni su deseo que se abriesen generosamente las puertas a quienes quisieran vivir la vida religiosa. Su deseo y su preocupación es que hubiese jesuítas capaces para el servicio.

1.2 Quizás con estas reflexiones se haya esclarecido un poco lo que significa que el carisma de la Compañía es el servicio. Un jesuita es en último término un hombre a quien la Compañía envía a servir. Eso es lo que pretendió S. Ignacio y para lo que fundó la Compañía. A esta luz hay que comprender, no de forma rutinaria, sino en profundidad, como aquello en que se juega el ser o no ser de la Compañía, lo que afirma el citado decreto de la CG XXXII sobre la identidad del jesuita. Se dice allí que "en el centro de la intuición de S. Ignacio está el sentido de misión" (n.13); que la definición más cabal de un jesuita es la siguiente: "un jesuita es esencialmente un hombre con una misión" (n.14). El servicio apostólico no es sólo algo que el jesuita debe realizar; es simplemente su identidad.

Muchas cosas quedan sin duda por esclarecer: qué servicio hay que hacer, quién envía a ese servicio, a quién somos enviados, con qué medios y de qué forma. Pero lo fundamental ya está dicho. El talante servicial de S. Ignacio y el carisma de la Compañía es la pasión por el servicio hasta el olvido de uno mismo. La Compañía no es para sí misma, ni la misma Compañía deber ser su máxima preocupación. La arrebatada exclamación de Pablo representa cabalmente, aunque en forma retórica, de qué se trata en la Compañía: "Quisiera ser anatema por la salvación de mis hermanos". Esa salvación es su finalidad y lo que relativiza y jerarquiza cualquier otra realidad de la Compañía. Quizás por eso también vale para la Compañía la otra exclamación de Pablo: "¡Ay de mí si no evangelizare!". Si la Compañía de Jesús, en una situación histórica determinada, dejase de prestar un serio servicio al mundo y a la Iglesia, no tendría justificación histórica para existir como *Compañía*, aunque alguna cosa buena hiciese, aunque tuviese buenas intenciones y hubiese jesuítas que fuesen buenas personas. Esa justificación está últimamente en el servicio.

2. El mayor servicio: el jesuita es un hombre que busca la mayor gloria de Dios.

El jesuita es un hombre para servir. Pero si nos preguntamos en concreto cuál es ese servicio la respuesta no es en un primer momento clara y concreta. Se pueden mencionar los diferentes servicios --en plural-- que realizan los jesuitas o los que enumera S. Ignacio en la fórmula del Instituto. Pero ni la enumeración de esa pluralidad ni el análisis de esos servicios nos introducen todavía en el carisma de la Compañía; más bien desviarían la atención. La pluralidad de servicios implica que muchos de ellos son posibles, pero también que ninguno de ellos es especificante ni absoluto de acuerdo al carisma. Más que buscar el carisma en los contenidos de los servicios hay que buscarlo en una doble disponibilidad que exige S. Ignacio al Jesuita: (1) la activa disponibilidad subjetiva a realizar un *mayor* servicio, y (2) la búsqueda de la objetiva *voluntad de Dios*, que una vez hallada debe ser realizada. Estas especificaciones formales del servicio son las que nos introducen al carisma de la Compañía.

2.1 Cuando un jesuita se pregunta qué debe hacer, se encuentra en un primer momento con que no sabe. Pero ese no saber, lejos de ser estéril y paralizante, es la condición de posibilidad de acertar en concreto con la voluntad de Dios. Lo que el jesuita sí sabe de antemano es que, haga lo que haga, le gustaría hacer no sólo un servicio, sino un mayor servicio. Lo concreto que deba hacer vendrá determinado para el jesuita por la voluntad de Dios, pero la previa disposición que se le exige es la disponibilidad a ese mayor servicio. Esto es lo que S. Ignacio consagró en la consabida fórmula: "a mayor gloria de Dios". Este es el lema de la Compañía y la última motivación personal del jesuita; para eso se le ha formado y con esta actitud se le envía a trabajar.

En el origen de esta actitud está, de nuevo, la experiencia de S. Ignacio. Sin duda ninguna su constitución caracteriológica le empujaba a cosas grandes; pero fue su experiencia espiritual la que hizo cuajar el ideal del *magis* (del más) como horizonte de todo lo que S. Ignacio hacía y emprendía y lo que transmitió a la Compañía.

Es sabido que S. Ignacio no fue hombre de carácter apocado, sino más bien ambicioso, soñador de grandes hazañas, para quien la señora de sus pensamientos "no era ni marquesa", sino señora más alta, y quien en los primeros momentos de su conversión quería emular en penitencia y largas oraciones a los más grandes santos. Cuenta él mismo que convaleciente en la cama "se proponía a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra". No le asustaban las obras de los santos, sino que más bien despertaban en él el deseo de emularlos: "Todo su discurso era decir consigo mismo: Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. San Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer".

El carácter de S. Ignacio, por lo tanto, le empujaba a hacer cosas grandes y mayores. Pero la raíz del magis no está en su carácter ambicioso y competitivo, sino en una experiencia espiritual que se trasluce en los Ejercicios Espirituales. Dos puntos de los Ejercicios me parecen a mí que expresan la voluntad al magis.

En las meditaciones de los pecados S. Ignacio muestra un profundo agradecimiento por haber sido perdonado. Es consciente de la gravedad de sus pecados y por otra parte experimenta el perdón y así la infinita misericordia de Dios. Ese perdón no sólo tranquiliza su alma y le asegura contra una merecida condenación eterna por sus pecados, sino que se transforma en desbordante agradecimiento y le lleva a ponerse delante de Cristo crucificado y preguntarse "qué debo hacer por Cristo" (EE n.53). S. Ignacio se sabe un perdonado y transforma el agradecimiento en generosidad. La impresión que produce S. Ignacio ante Jesús crucificado es la de un hombre no sólo perdonado, sino transformado; no la de un hombre que quiere cuantificar casuísticamente la generosidad de acuerdo a la magnitud del perdón, sino más bien la de un hombre en cuya vida ha entrado de repente algo nuevo cualitativamente: el agradecimiento sin límites, en cuya dinámica está no poner límites a la generosidad.

El segundo punto, más claramente explícito del magis y mejor constatado en los mismos textos de los Ejercicios, es la fascinación que le produce la persona de Cristo. Esta fascinación pudiera haber provocado diversas reacciones en

S. Ignacio: júbilo, por ejemplo, o reverencial respeto o sentimientos de adoración. Pero sin excluir éstas u otras reacciones lo que más le provoca la contemplación de los misterios de la vida de Cristo es el íntimo deseo de siempre imitarle y seguirle más. Es de suma importancia recordar cuál es la petición típica de S. Ignacio al hacer estas contemplaciones, y es conmovedor ver cómo le pide como una auténtica gracia: "conocimiento interno del Señor para que *más* le ame y le siga" (n.105); "para *más* seguir e imitar al Señor nuestro" (n.109); "pasar aprobios e injusticias por *más* en ella imitarle" (n.147); "pedir que el Señor nuestro le quiera elegir en esta tercer manera de humildad para *más* imitarle y seguirle" (n.168). Esa fascinación que le causó la persona de Cristo es la que le llevó a pedir siempre la gracia de parecerse más a él. En sus primeros años después de su conversión da incluso la impresión de buscar una mayor identificación con Cristo de modo ingenuo y hasta fundamentalista. El mismo cuenta su gran consolación al ir a Jerusalén y que "su firme propósito era quedarse en Jerusalén, visitando siempre aquellos santos lugares".

Sin embargo en los mismos Ejercicios aparece claramente que la fascinación que le causa la persona de Cristo le lleva a una mayor identificación con su misión. Ese Cristo no es sólo alguien que ha perdonado a S. Ignacio, que ha muerto en la cruz por él, sino alguien que tiene una misión, tal como lo expone en la meditación del rey temporal, que es previa a las contemplaciones de la vida de Cristo. Cristo tiene una misión grandiosa que realizar: "conquistar todo el mundo y todos los enemigos" (n.95). Ante esa misión S. Ignacio pide la gracia de "no ser sordo a su llamamiento" (n.91); más aún, de ser uno de aquellos "que *más* se querrán afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y señor universal" (n.97).

En esta experiencia espiritual creemos que está la raíz o, al menos, la expresión profunda del magis ignaciano. Por ser experiencia es indeducible; por ser espiritual está más allá de la pura razón o la pura exigencia ética que hiciese del magis algo razonable; por ser experiencia de gracia, lleva consigo su propia humildad y nada tiene que ver con competitividad. S. Ignacio está simplemente fascinado

con la persona y la misión de Cristo y de ahí surge para él el inmenso deseo de parecerse más y de seguir más a Cristo.

2.2 Ese *magis* es lo que S. Ignacio quiere transmitir a la Compañía y lo que quiere que la identifique. Quizás pudiera preguntarse --y con razón-- cómo hacer de una experiencia tan íntima de una persona algo válido y exigible para toda una orden religiosa; en otras palabras, cómo institucionalizar el carisma y este aspecto del carisma tan ligado a una experiencia personal y, en último término, a una experiencia de gracia. No queremos abordar este tema ahora en profundidad; sino más bien mostrar cómo el *magis* está presente en la historia de la Compañía. Digamos, sin embargo, que el *magis* sigue siendo posible en la Compañía en la medida en que de alguna forma se re-crea la experiencia fundamental de San Ignacio con Cristo y su misión. Por esta razón es fundamental en la Compañía la experiencia de los Ejercicios Espirituales ya en el noviciado y su repetición a lo largo de la vida. Estos Ejercicios, sin afirmar que son mejor o peor que otros libros de espiritualidad u otras prácticas devocionales, son verdaderamente fundamentales porque a través de ellos se genera esa actitud del *magis*; o si no se generase esa actitud, sería señal de que no hay una verdadera llamada a la Compañía. Es importante recordar que cuando S. Ignacio reclutaba compañeros para realizar conjuntamente su ideal, lo primero que hacía era darles personalmente los Ejercicios. Con ellos formaba el tipo de hombres para servir.

Cuando en la Compañía y en sus mejores miembros ha estado vivo el talante del *magis*, entonces los jesuitas han realizado un servicio mayor. No vamos a analizar *conceptualmente* en qué consiste ese mayor servicio, sino que vamos a mostrar *históricamente* cómo se ha expresado ese mayor servicio, que en su conjunto sigue siendo una característica histórica de la Compañía.

2.2.1 Podemos comenzar *negativamente* afirmando que la Compañía no pone límites al servicio, aunque las dificultades hiciesen razonable reducirse a buenos servicios, abandonando el mayor servicio.

(1) Ni lo nuevo ni lo desconocido pueden poner límites al servicio de la Compañía. No es infrecuente que por la

intrínseca dificultad de adentrarse en lo nuevo y desconocido se prefiere hacer lo que siempre se ha hecho y se justifica esa repetición rutinaria en nombre del servicio. La historia de la Iglesia, de las órdenes religiosas y también de la Compañía dan suficientes pruebas a ello. Para no cambiar en formas de pastoral o liturgia, en concepción y sistema de educación, en teorías teológicas se aduce que, en último término, algún bien se hace, aunque esta justificación más encubre el miedo a lo nuevo y al cambio que exige, que un deseo sincero de servir. La Compañía de Jesús en sus mejores momentos no ha tenido miedo a lo nuevo, sino que ha visto en ello la exigencia a un mayor servicio. Por ello los jesuitas intentaron nuevas formas de organización pastoral, social y económica en las célebres reducciones del Paraguay; el P. Ricci en China y el P. Nobili en la India diseñaron un nuevo método pastoral adaptando la liturgia cristiana a los ritos de aquellos pueblos; más recientemente y entre nosotros el P. Rutilio Grande buscó nuevas formas de evangelización entre los campesinos de Aguilares. Todas estas novedades suponen sin duda un cambio, abandonar la seguridad que da lo antiguo y tradicional y adentrarse en el mundo de lo nuevo. Sin embargo en virtud de su carisma, muchos jesuitas han tenido el coraje de cambiar, de experimentar, de adentrarse en la oscuridad de lo nuevo, de esperar con paciencia los frutos de un árbol nuevo en lugar de apuntarse a los éxitos más fáciles de un servicio que ya se conoce.

(2) Los riesgos no pueden poner límites al servicio de la Compañía. Un servicio serio implica necesariamente riesgos de todo tipo. Riesgo es salirse de los servicios establecidos y aceptados convencionalmente por la Iglesia y por la sociedad, pues ello con frecuencia conlleva ataques, rechazos, persecuciones y aun martirios. Riesgo es también el precipitarse y equivocarse, aun en cosas serias, sobre todo cuando se experimenta lo nuevo. Riesgo es --y muy delicado para la Compañía-- el que nuevos y difíciles apostolados ocasionen el abandono de algunos de sus miembros e incluso una cierta desintegración de la misma Compañía. Todos estos riesgos los ha corrido la Compañía y con frecuencia ha sufrido las consecuencias. Corresponde a su prudencia minimizar los riesgos y a su autoridad corregir los errores. Sin embar

go la eliminación de esos riesgos no puede ser criterio último para la Compañía, pues esos riesgos son inherentes históricamente a cualquier servicio mayor.

(3) Ni la paz interna ni su buen nombre dentro de la Iglesia pueden poner límite al servicio. Nos adentramos aquí en un punto sumamente delicado para la Compañía, pues las dos cosas citadas son de suma importancia. Por lo que toca a la vida de los jesuitas dentro de la Compañía S. Ignacio insistió en la unión de los ánimos, en que todos los Jesuitas pensemos y hablemos de la misma forma; consideraba como peste a los jesuitas que querían dividir la Compañía; y positivamente describió a los jesuitas como una comunidad de "amigos en el Señor". Quizás no pueda describirse con palabras más bellas lo que la Compañía deba ser dentro de sí misma y lo que deben ser las relaciones entre los jesuitas. Por lo que toca a la relación de la Compañía con la Iglesia es evidente que S. Ignacio la concibió como orden religiosa dentro y al servicio de la Iglesia, con una especial sumisión además al Romano Pontífice. Deseaba pues la armonía y las relaciones cordiales con la Iglesia y con lo que en la Iglesia hay de institucional.

En muchos momentos han existido la paz y unión interna y la armonía con la Iglesia; pero en otros momentos la Compañía ha pasado por situaciones difíciles de división interna y de conflicto y marginación eclesial. Quizás desde el Vaticano II la Compañía esté pasando por uno de esos momentos difíciles. La actual formulación del servicio apostólico de la Compañía, elevada a opción fundamental y descrita como "el servicio de la fe y la promoción de la justicia" (cfr. CG XXXII, D.2 y 4, *passim*) ha ocasionado fuertes divisiones internas y, en muchos casos, confrontación con autoridades eclesiásticas y marginación dentro de la Iglesia, sobre todo en América Latina. Todo ello es obviamente doloroso para la Compañía.

En cuanto la desunión y el conflicto son productos también de la pecaminosidad de los jesuitas deber ser corregidas; en sí mismas no representan ningún bien ni ninguna virtud. Pero en cuanto sean producto --y esto es históricamente inevitable-- de un mayor servicio, de una opción más radi

cal, entonces se deben aceptar con paz y serenidad cristianas. Pues en último término la Compañía no existe para vivir en paz y en honor, sino para servir. Se debe trabajar siempre por la unión de los ánimos y la armonía con la Iglesia institucional, pero sin que eso suponga un límite último y efectivo al carisma del mayor servicio.

2.2.2. El carisma del mayor servicio se ha mostrado *positivamente* de diversas formas a lo largo de su historia. Sólo queremos mencionar dos de sus características atestigüadas ampliamente por la historia.

(1) La Compañía ha buscado siempre *el servicio que sea más eficaz y con repercusiones más universales*. En palabras de S. Ignacio se deben preferir, entre las obras apostólicas, "las universales a las particulares, las perpetuas y que duren a las que no duran etc, cuando no se puede hacer entrambas". En el lenguaje más actual, la Compañía ha preferido las obras apostólicas que más incidan en las estructuras de la Iglesia y de la sociedad; ha preferido hacerse presente en aquellos lugares donde se decide a la larga el destino de los cristianos y de los hombres. De ahí que la Compañía a lo largo de la historia haya dirigido plataformas educativas, colegios, universidades, seminarios para formar a quienes ha creído ser personas de influjo en configurar la sociedad y la Iglesia; que haya tratado de influir las diversas ideologías que configuran la sociedad y la Iglesia al nivel filosófico, cultural, social, teológico y político. En la actualidad la Compañía dedica muchos de sus mejores recursos al análisis de los problemas estructurales que aquejan a la humanidad y a la Iglesia, proponiendo lo que parecen ser mejores soluciones. Y, más novedosamente, está dedicando muchos recursos al trabajo con las mayorías populares pobres a diversos niveles pastorales, sociales y organizativos; pero esto, no sólo por la redescubierta exigencia cristiana a acercarse y encarnarse entre los más pobres, sino también porque los considera, en cuanto mayoría, una fuerza social con evidente influjo en resolver los problemas estructurales.

Se podrá discutir, con razón, si la Compañía ha acertado en su historia. en encontrar el mejor lugar para un influjo estructural; pero no se podrá discutir su intento de

influnciar las estructuras para que su servicio sea más eficaz. Se podrá incluso acusar a la Compañía de que siempre se encuentran jesuitas en los ámbitos de poder: ideológico, social y político, y la Compañía no podrá desoir fácilmente esa acusación. Deberá sin duda autoexaminarse sobre si el contacto con el mundo del poder no la ha mundanizado. Cuando esto ocurre no queda más, como decíamos al principio, que reconocernos como pecadores. Pero lo que en este momento nos interesa recalcar es que la Compañía no se ha introducido en los ámbitos del poder porque le interesa el poder; ha dado además muchas muestras de trabajar, aun en esos ámbitos de poder, "sin esperar ninguna humana paga", como dice la Fórmula del Instituto; con frecuencia ha sido también expulsada de ellos, sin que por ello se le viniese el mundo abajo, y buscando otro lugar para servir. Si la Compañía con frecuencia se encuentra en los ámbitos del poder es porque le interesa un servicio eficaz, con repercusiones más duraderas y universales; pues, como decía S. Ignacio, "el bien, cuanto más universal es más divino".

(2) La Compañía ha procurado servir *en la avanzada* de los problemas reales y urgentes. Así lo reconoció y formuló admirablemente Pablo VI: "Dondequiera que en la Iglesia, incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, ha habido o hay confrontación entre las exigencias urgentes del hombre y del mensaje cristiano, allí han estado y están los jesuitas" (Alocución a los participantes de la CG XXXII, 3 de diciembre de 1974).

El carisma del mayor servicio significa decir con Pablo que "la caridad de Cristo nos urge". No sólo hay que servir, sino servir con urgencia, porque urgentes son los nuevos e insoslayables problemas que presenta la historia. Urgencia no significa precipitación, sino responder a los problemas que más urgen, aun cuando la respuesta no sea necesariamente rápida. Por esta razón los jesuitas han sido pioneros en muchos campos a lo largo de la historia, porque han sentido la imperiosa necesidad de responder a las urgencias de la historia. Por esa razón marchó S. Francisco Javier a las Indias, al Japón y quiso llegar a China; porque, según la teología de su tiempo, no había salvación para tantos millones de al-

mas si no se bautizaban. Por esa razón Teilhard de Chardin intentó la síntesis entre fe y evolución y K. Rahner ha intentado mostrar la posibilidad de la fe en un mundo progresivamente secularizado. Por esa razón los jesuitas han emprendido un diálogo con los ateos, con los marxistas y aun con los revolucionarios. Por esa razón los jesuitas se están dedicando ahora al novedoso mundo de las comunicaciones sociales, tan influyente para moldear la opinión pública y culturas enteras. Por esa razón están intentando salvar y purificar la religiosidad popular o encarnarse cada vez más en culturas indígenas.

El jesuita es pionero, pero no procede por pura curiosidad, sino por un sentido de urgencia. Se asemeja más a Pablo delante de todo un mundo de gentiles a quienes quiere salvar. Esos 'gentiles' de Pablo en su cuestionante novedad han sido y son para la Compañía los paganos en tierras de misión, los hombres secularizados y desengañados del progreso, los hombres manipulados por los medios de comunicación, los indígenas privados de dignidad y esclavizados, los campesinos secularmente oprimidos, los torturados y crucificados. Ese mundo real es el que urge, el que exige la creatividad y la fortaleza del pionero. Ese mundo real es el que exige estar en la vanguardia, pues desde la retaguardia no se ven esos problemas, no se encuentran soluciones y --aunque algún buen servicio se haga-- se abandona a millones de seres humanos a su propia suerte.

Los jesuitas no son, por supuesto, los únicos pioneros; más aún, muchas veces a lo largo de la historia nos hemos es tancado, prefiriendo la seguridad y tranquilidad de la retaguardia. Pero tampoco se puede dudar de que cuando el carisma del mayor servicio ha estado vivo en la Compañía los jesuitas han realizado muchas obras en la avanzada. No siempre han acertado; han cometido también errores y cosechado fracasos. Pero para quien se siente urgido por la caridad de Cristo y los problemas de los hombres, el mayor error y el mayor fracaso sería no actuar, no experimentar, quedarse de brazos cruzados, esperando que 'otros' encuentren alguna solución. El carisma del mayor servicio significa que allá donde se juegue el destino de los hombres y de la Iglesia, por novedoso, difícil y arriesgado que sea ese lugar, estén

los jesuítas.

3. *El servicio concreto: el jesuíta es un hombre que hace la voluntad de Dios*

Según el carisma de la Compañía el jesuíta debe estar dispuesto a servir con el aliento y el entusiasmo de prestar siempre un mejor y mayor servicio, tal como lo hemos tipificado. Sin embargo no hemos mencionado todavía *qué* es lo que en concreto tiene que hacer el jesuíta. De nuevo nos encontramos con que a esta pregunta, tan crucial para determinar el carisma de la Compañía, no hay una fácil respuesta concreta.

Es cierto que a lo largo de su historia los jesuítas se han concentrado en algunos apostolados, hasta llegar a dar la impresión de que su carisma fuese el de ser educadores, misioneros o intelectuales, por poner sólo algunos ejemplos más conocidos. Es cierto además que S. Ignacio enumera en la Fórmula del Instituto una serie de servicios apostólicos, eclesiales e históricos, como finalidad de la nueva orden. Pero no se puede adecuar ninguno de esos servicios con 'el' servicio que la Compañía debe realizar en virtud de su carisma. *De hecho*, porque ya desde los tiempos en que S. Ignacio fue General de la Compañía y a lo largo de su historia se han realizado muchos otros servicios que no están en la Fórmula. Y *de derecho*, porque S. Ignacio enumera los diversos servicios a modo de ejemplos, importantes sí, pero que reflejaban lo que él y sus primeros compañeros ya habían realizado, y no necesariamente en los que debía concentrarse la Compañía en el futuro. El criterio de derecho para elegir determinados servicios viene dado al final del citado párrafo de la Fórmula: "según que juzgáremos ser necesario para la gloria de Dios y el bien universal".

Nos encontramos, pues, paradójicamente con que el jesuíta en virtud de su carisma de servicio no está atado a ningún servicio concreto, pero que tampoco puede excluir, en virtud de su carisma, ninguno de ellos. El jesuíta puede ser educador, obrero, intelectual, astrónomo, parlamentario, capellán de cárceles o ejercitar cualquiera de las innumerables y variadísimas "profesiones" que testimonia la historia de la Compañía. ¿Qué es entonces lo que el jesuíta debe hacer en

concreto en virtud de su carisma de Servicio?

La respuesta a esta pregunta es de nuevo más bien de tipo formal que de contenido: el jesuita debe hacer aquello concreto que sea la voluntad de Dios. Esta respuesta, por ser formal, no ilumina todavía los contenidos, pero dice dos cosas de suma importancia: (1) que el servicio de la Compañía no se circunscribe en principio a nada concreto, a diferencia de cómo se concretiza el carisma en otras órdenes y congregaciones religiosas; y (2) que a ese servicio le es absolutamente esencial tener que determinarlo en concreto según la voluntad de Dios. Esto es lo que resume la frase que S. Ignacio repetía con frecuencia: "buscar y hallar la voluntad de Dios para, una vez hallada, cumplirla".

3.1 Esta concepción del servicio concreto de la Compañía remite de nuevo a la experiencia espiritual de S. Ignacio y, más en concreto, a su experiencia teologal. Describir esta experiencia en toda su riqueza sobrepasaría los límites de esta presentación y mis posibilidades. Sólo quiero, por tanto, mencionar algunos puntos que iluminen el servicio de la Compañía.

S. Ignacio está convencido de que Dios tiene una voluntad *concreta* que comunicar a los hombres. Este es el presupuesto básico de los Ejercicios Espirituales, en los que no se trata simplemente de que el hombre deje de hacer el mal para obrar el bien, sino de que llegue a conocer lo que realmente Dios quiere para él. La propia vida de S. Ignacio, sobre todo desde su conversión hasta la fundación de la Compañía, no es otra cosa que la historización de esa fundamental experiencia de Dios. Todas sus diversas actuaciones externas: las primeras penitencias, su estancia en Manresa, sus peregrinaciones, sus estudios, el reclutar compañeros para el apostolado, las deliberaciones sobre fundar la Compañía, no son más que la expresión externa de su fundamental experiencia interior de buscar la concreta voluntad de Dios para él.

Esa concreta voluntad de Dios se le presenta a S. Ignacio como algo que en último término es *indeducible* porque procede de la soberana voluntad de Dios. Por ello el modo más específicamente ignaciano de buscar la voluntad de Dios es el discernimiento. El uso honrado de la razón natural y de la razón eclesial son sin duda una ayuda para saber "al-

go" de la voluntad de Dios. Pero no bastan necesariamente para conocer la concreta voluntad de Dios. Para S. Ignacio es de suma importancia contar con la posibilidad de que el mismo Dios muestre su voluntad. Y si llegó a la convicción de esa posibilidad es porque para él fue algo real. Dios le comunicaba su voluntad.

Esa voluntad concreta de Dios versa sobre cualquier realidad histórica y eclesial, *sobre cualquier cosa* que sea "creatura" y no Dios. Todas ellas también pueden ser mediación de la voluntad de Dios, pero ninguna de ellas --en base a su estructura de ser creadas-- puede agotar la voluntad de Dios. Por eso cree S. Ignacio que, con excepción de lo que sea pecado, Dios puede exigir "cualquier" cosa, sea ésta del ámbito eclesial o del ámbito mundanal.

S. Ignacio está convencido de que Dios puede comunicar y de hecho *comunica* esa voluntad, y de que la única respuesta posible es ponerla por obra. Aparece aquí, aunque de forma descriptivamente diferente, la experiencia equivalente a la vocación del profeta, de Pablo o de Jesús. Dios muestra su voluntad no sólo para ser sabida, sino para ser realizada. Por ello quien capta de esta forma la voluntad de Dios se sabe automáticamente "enviado" por Dios, responsable ante Dios y, en último término, responsable ante sólo Dios. Realizar la voluntad de Dios es entonces no sólo servicio, sino "misión".

La raíz última de esta experiencia de Dios en S. Ignacio está, creemos, en su absoluta aceptación del misterio de Dios y de Dios como misterio. Para S. Ignacio Dios es realmente mayor que todo lo creado, que no puede ser limitado ni manipulado por nada. Ese Dios mayor relativiza todo lo creado, eclesial o mundanal, pero por otra parte El mismo concretiza su misterio mostrando su voluntad concreta. De ahí que la última actitud de S. Ignacio delante de Dios consiste en escuchar su palabra, en pedir la gracia de oirla, de no ahogarla con nada, ni con sus pecados, ni con sus gustos, ni con las tradiciones humanas. La actitud teologal de S. Ignacio es en último término la de dejar a Dios ser Dios, y preguntar ante ese misterio: "Señor ¿qué quieres que haga?"

3.2 Esta experiencia teologal de S. Ignacio de poner-

se delante de Dios, de buscar su voluntad y de realizarla porque y en cuanto es *su* voluntad es también determinante para que la Compañía se sienta exigida a concretar su servicio, para que sepa cómo concretarlo, para que realice ese servicio como misión y los jesuitas se sepan enviados. Si se pregunta, de nuevo, cómo institucionalizar para todo el cuerpo de la Compañía lo que fue experiencia personal de S. Ignacio, la respuesta es la misma que fue dada anteriormente: tratando de re-crear su propia experiencia tologal tal como ha cristalizado en los Ejercicios y específicamente en los textos sobre elección y discernimiento.

A continuación queremos mencionar algunas características del servicio concreto de la Compañía que se deducen de esta fundamental experiencia de Dios.

(1) El primer paso para servir consiste en determinar el servicio concreto que se debe hacer y no presuponer con facilidad que ya se sabe cuál es. Para hallar la voluntad de Dios el jesuita cuenta ya con determinados mecanismos, como son fundamentalmente la obediencia religiosa y eclesial. Pero eso no hace superfluo *el discernimiento*. Quienes en la Compañía son 'súbditos' encuentran en sus superiores la concreta voluntad de Dios para ellos; pero también en este caso se exige actualmente a los superiores que discernan juntamente con sus súbditos lo que es la voluntad de Dios. Pero más de fondo, el problema de la voluntad de Dios no se puede resolver apelando ad infinitum a la autoridad, pues llega un momento en que es 'el cuerpo entero' de la Compañía, reunida en una Congregación General, la que debe buscar la voluntad de Dios. En ese momento la Compañía debe ponerse delante de Dios y discernir su voluntad; debe esperar activamente que Dios le muestre su voluntad.

El jesuita normal, los superiores y el cuerpo de la Compañía deben tener por lo tanto como hábito el ponerse delante de Dios. Esto lleva consigo también su intrínseca dificultad, por lo que también hay de oscuridad en el ponerse delante de Dios y por las tensiones que se originan en ocasiones entre lo que se piensa ser voluntad de Dios y las voluntades de los hombres en autoridad, religiosa o eclesial. Pero a pesar de ello es fundamental para el jesuita como individuo y para la Compañía como cuerpo mantener como esen-

cial el hábito del discernimiento, la apertura, a *Dios*. Como ha escrito K. Rahner comentando la lógica ignaciana de buscar la voluntad de Dios.

"El hombre debe contar con la posibilidad, experimentable prácticamente, de que Dios le comunique su voluntad, una voluntad cuyo contenido no se puede sin más reconocer mediante consideraciones racionales de la razón creyente basadas en máximas generales de la razón y de la fe, por una parte, y, por otra, en su aplicación a una situación determinada, analizada también de manera racional y discursiva".

No es éste el momento de reflexionar y resolver las tensiones que históricamente se originan entre discernimiento y autoridad para encontrar la voluntad de Dios. Lo que nos interesa recalcar, a partir de la experiencia de S. Ignacio, es que el discernimiento es insustituible junto con y, a veces, a pesar de otros mecanismos de determinar la concreta voluntad de Dios. Esta actitud de S. Ignacio de buscar la voluntad de *Dios* y de obedecer en último término a *Dios* es una herencia a la que la Compañía no puede renunciar, por muchas dificultades teóricas y prácticas que ocasione. Esa pasión por buscar la voluntad de *Dios* es lo que en último término da sentido a los mecanismos legítimos en la vida religiosa y en la Iglesia de encontrarla; pero no a la inversa. La razón más profunda para ello no está en que nadie puede actuar contra su conciencia, razón básica pero negativa; sino en que *Dios* tiene una voluntad concreta, razón soberana y positiva.

En este contexto cobra gran relevancia lo que se llaman "los signos de los tiempos". En los Ejercicios S. Ignacio describe el proceso de encontrar la voluntad de Dios más bien a partir del análisis de sus experiencias internas; los "signos de los tiempos" se refieren más bien a realidades históricas visibles. Pero ambas realidades tienen algo en común de suma importancia: que a través de ellas se manifiesta la concreta e indeducible voluntad de Dios. Desde este punto de vista, el Jesuita debiera estar realmente abierto a los signos de los tiempos, ver en ese modo más actual de encontrar la voluntad de Dios algo que pertenece a su herencia más íntima. Me parece que la CGXXXII ha dado un notable ejemplo de ello. Los meses y años de preparación, los innumerables estudios y análisis en el fondo han sido un modo de discernir los signos de los tiempos, la voluntad de Dios. La respuesta de la Compañía ha sido "elegir", hacer una opción en respuesta a esos signos, "concretar" su servicio. La Compañía ha hecho muchos es-

tudios, ha tenido en cuenta los actuales documentos de la Iglesia; pero en el fondo ha elegido el servicio de la fe y la promoción de la justicia como su servicio concreto porque *eso* es lo que Dios quiere hoy para la Compañía.

(2) La voluntad de Dios versa sobre la totalidad de la historia, y por ello el jesuita debe estar dispuesto en principio a *cualquier tipo de trabajo, eclesial o secular*, que ayude a que la historia, sus personas y sus estructuras, mejor realice la voluntad de Dios y mejor se encaminen hacia el futuro de Dios. Ya en la Fórmula del Instituto menciona S. Ignacio una serie de servicios eclesiales y seculares como finalidad de la Compañía. Los primeros se explican fácilmente porque la Compañía es una orden sacerdotal. Los segundos tendrían su explicación lógica en la experiencia teologal de S. Ignacio según la cual la voluntad de Dios versa sobre todas las creaturas.

Personalmente no encuentro en S. Ignacio una "elaborada" teología de la historia, pensar que la tuviera sería también un anacronismo. Pero algo importante tuvo que haber en su experiencia de Dios para que ya desde el principio la Compañía se dedicara a tantos trabajos seculares y dedicara a ellos tantos recursos a lo largo de su historia. Habría que analizar también el significado que S. Ignacio atribuía a los trabajos seculares: si como preparación en último término para la perfección eclesial de las personas o con un valor intrínseco de perfeccionar la historia. Sea cual fuere su implícita teología de la historia y de las realidades históricas el hecho es que la Compañía ha realizado muchos servicios seculares como voluntad de Dios; y que el jesuita da con frecuencia la sensación de ser una extraña mezcla de hombre de Iglesia y de hombre del mundo.

En la actualidad la misma Compañía se ha esclarecido a sí misma sobre la necesidad e importancia de sus trabajos seculares. Al mencionar la CGXXXII la fe y la justicia como los servicios de la Compañía, menciona a ambos como servicios 'últimos' y en mutua relación. Lo primero quiere decir que existen muchas realidades seculares que poseen su propia ultimidad. El hambre de millones de seres humanos, la opresión, la injusticia, y por otra parte, la libertad, el desarrollo, la justicia, la vida, son realidades históricas sobre las cuales Dios pronuncia un 'absoluto' no y un 'absoluto' sí.

No son por lo tanto realidades que pudieran ser relativizadas o que presentasen exigencias para los jesuitas en último término secundarias con respecto a sus trabajos más explícitamente eclesiales.

Lo segundo quiere decir que existe una relación entre lo eclesial y lo secular; que la fe--en la actual historia concreta de la humanidad--se ve afectada positiva o negativamente según exista la justicia o la injusticia en el mundo; y que la justicia se ve afectada por la fe, según que los creyentes tengan una fe que opera por la caridad o tengan una fe que les haga desentenderse de los problemas históricos.

No podemos detenernos en desarrollar la teología de las realidades históricas que está implícita en estas afirmaciones. Sólo queremos recalcar que la "secularidad"--no secularismo--de tantos trabajos de los jesuitas tiene su origen en la intuición original de que la voluntad de Dios versa sobre toda la historia. Según esto la distinción fundamental de los servicios de los jesuitas no sería la de trabajos eclesiales y trabajos seculares, sino la de trabajos según la voluntad de Dios, que podríamos denominar "cristianos" y trabajos al margen o en contra de la voluntad de Dios, que podríamos denominar "mundanos" o "pecaminosos".

La finalidad última de todos estos servicios, sea cual fuera el modo de escribirlos y de clasificarlos--lo cual, a su vez, relativiza la distinción entre ellos--no es otra que ayudar a los hombres, en su histórica realidad concreta y compleja, a que encuentren ellos mismos su salvación en el misterio de Dios y en el acercamiento de ese Dios en Jesús. De eso estaba realmente convencido S. Ignacio. Las formas de realizar ese servicio varían históricamente. A unos hombres concretos habrá que ayudarles a que sientan a Dios cercano en su destino crucificado y a que le sientan también como el Dios liberador, realmente Padre amoroso, que mantiene su esperanza. A otros habrá que ayudarles a descubrir de nuevo el misterio de Dios en un mundo secularizado en el que de Dios sólo parece oírse su silencio. La palabra salvífica de Dios habrá que presentarla con la misma variedad con que aparece en Jesús según sean los destinatarios: como palabra de consolación, de denuncia y desenmascaramiento, de exigencia. A esa diversa palabra de Dios habrá que responder también, como lo exige Jesús, con agradecimiento, con arrepentimiento, con disponibilidad.

Ayudar a los hombres a que en último término se pongan delante de Dios, oigan sus exigencias y encuentren en ello salvación; anunciar a Jesús como la palabra concreta de Dios a los hombres y como la respuesta cabal de los hombres a Dios; *eso* es lo que en último término pretende S. Ignacio con el servicio. Desde este punto de vista la distinción entre servicios 'eclesiales' y seculares' se hace secundaria. A través de ambos o con una mezcla de ambos sólo debe pretender el jesuita que el hombre como individuo, en formulación quizás más afín a S. Ignacio, o la historia como estructura, en formulación más actualizada, responda y corresponda al misterio de Dios. Deberá pretender el jesuita que eso se haga explícitamente, allá donde es posible, o anónimamente allá donde haya que trabajar para que la realidad de Dios se haga presente, aunque sea difícil explicitar su nombre. Pero en último término lo que pretende el jesuita es confrontar a los hombres y a la historia con Dios, porque cree que en Dios hay salvación. Lo 'eclesial' y lo 'secular' no son en último término más que mediaciones de un servicio profundamente 'teologal'.

(3) La voluntad de Dios acaece en y a través de la Iglesia, pero no se agota en ella. Esta doble verdad explica la *eclesialidad* del servicio de la Compañía y la modalidad específica de esa eclesialidad. Por una parte es evidente que la Compañía trabaja dentro de la Iglesia, ejerce muchos servicios estrictamente eclesiales y con gran frecuencia ha realizado muchos servicios pedidos por la jerarquía eclesiástica. Más aún, como es sabido, S. Ignacio concibió el servicio de la Compañía "bajo el Romano Pontífice", como dice en la Fórmula del Instituto, e introdujo para los profesos de la orden el "voto expreso al Sumo Pontífice, como a Vicario que es o fuere de Cristo nuestro Señor, para ir dondequiera que Su Santidad le mandare entre fieles o entre infieles, sin excusación y sin demandar viático alguno, para cosas que conciernen al culto divino y bien de la religión cristiana" (Constituciones, Examen, cap. 1º n.5). Al carisma de servicio de la Compañía le compete por lo tanto la disponibilidad a ser enviado por el Sumo Pontífice para una determinada misión. La CGXXXII recuerda también que el jesuita recibe la misión "directamente del Santo Padre y de sus superiores religiosos" (D.2, n.14).

Se haría interminable recordar los innumerables servicios

que la Compañía ha prestado a la Iglesia porque se los han pedido los obispos y los Papas. Habría que recordar cuántos colegios, universidades, seminarios, parroquias, puestos de misión, publicaciones ha llevado la Compañía porque ése ha sido el deseo de la jerarquía eclesiástica. Sería interminable recordar las misiones concretas que el Papa ha dado a la Compañía, desde el tiempo de S. Ignacio, hasta que Pablo VI pidió especialmente a los jesuitas dedicarse a iluminar y frenar el fenómeno del ateísmo moderno. Con esto queremos decir que la Compañía ha tomado realmente en serio su servicio a la Iglesia y al Papa, y ha tenido muy en cuenta el aspecto eclesial de su carisma de servicio.

Por otra parte, la Compañía ha tenido también tensiones y conflictos con la Iglesia, los obispos y los Papas. Quizás estemos ahora--digámoslo honradamente--en uno de esos momentos. Si traemos a colación estos conflictos no es por revolver dificultades, ni por recordar que también dentro de la Iglesia existen los conflictos, sino para esclarecer qué significa buscar y realizar la voluntad de Dios.

Es evidente que una de las raíces de los conflictos está en las limitaciones y pecados de los propios jesuitas--y también de la jerarquía eclesiástica. Cuando ésa es la raíz fundamental del conflicto, a los jesuitas no les queda más que reconocer su pecado honradamente, y corregirse tal como lo pide la Iglesia y el mismo Dios. Pero creemos que existe también otra raíz del conflicto en virtud del mismo carisma de la Compañía, de su hábito de ponerse delante de Dios para buscar su voluntad. Cuando hace esto se encuentra--en formulación de K. Rahner--con que "Dios es siempre más grande que la cultura, la ciencia, la Iglesia, el Papa y todo lo institucional". Esta gran verdad, reconocida por todos a nivel teórico, ocasiona no pocos problemas en la práctica. A veces no coincide lo que el jesuita cree ser la voluntad de Dios con las directrices de la Iglesia. El jesuita, como individuo o como cuerpo de la Compañía, se encuentra tensionado entre dos fidelidades sumamente importantes para él. Cómo resuelve ese conflicto es algo que no se puede recetar apriori; vuelve a ser en último término un problema de discernimiento. En la práctica, a veces ha habido rebeldía; otras muchas veces obediencia leal, aunque difícil. En ocasiones también, lo que en un primer momento fue desaprobado por la Iglesia fue después alabado por la misma Iglesia, como ha ocurrido, por ejemplo, con la reha-

bilitación de Teilhard Chardin o de K.Rahner o con la cuestión de los ritos chinos.

La Compañía, comenzando con el propio S. Ignacio, ha tenido abundantes conflictos con la Iglesia y con algunos Papas. No hay que olvidar que en 1773 el papa Clemente XIV suprimió la universal Compañía, y que el P. Ricci, en aquel momento General, fue encarcelado y falleció dos años después en la prisión del castillo de Santangelo. Cuentan que cuando le leyeron el documento de supresión de la Compañía contestó: "Yo adoro las disposiciones de Dios". En 1814 la Compañía volvió a ser restaurada por Pío VII y la Compañía volvió a trabajar, a servir al mundo y a la Iglesia, podríamos decir, como si nada hubiese pasado.

Lo que queremos recalcar al mencionar los conflictos de la Compañía con la Iglesia y el preclaro ejemplo de su supresión es que el aspecto eclesial del carisma de servicio no debe ser planteado fundamentalmente sobre bases psicológicas subjetivas. La Compañía sirve en la Iglesia y le ha obedecido, a veces con gran dolor interno, aun cuando haya habido contra ella acusaciones falsas; con frecuencia ha aceptado y corregido los errores señalados por la Iglesia; la ha obedecido aun en el momento en que la suprimieron. Pero el aspecto eclesial del carisma debe ser planteado más bien desde bases objetivas, desde la voluntad de Dios. Si Dios es más grande que la Compañía y que la Iglesia no se debe excluir que los jesuitas estén equivocados, pero tampoco se puede excluir que en un momento determinado esté equivocada la Iglesia. Para quien no se pregunte en serio cuál es la voluntad de Dios, quizás no exista ningún problema de fondo dentro de la Iglesia. Pero para quien haya sido educado en aquella actitud de "buscar y hallar la voluntad de Dios" pueden surgir este tipo de problemas.

Con todo esto queremos decir que el servicio de la Compañía es sinceramente eclesial y en obediencia al Papa. Pero el jesuita no confunde esa obediencia con una actitud servil; ni su obediencia a la Iglesia le exime de la responsabilidad de la profecía, también intraeclesial, cuando ésa es la voluntad de Dios. El jesuita es enviado por el Papa y sus superiores religiosos, pero en último término recibe "radicalmente la misión del mismo Cristo, el enviado del Padre" (D.2, n.14).

El jesuíta debe servir a todos y preclaramente a la Iglesia, pero sólo debe agradar a Dios.

Cómo se mantenga esa doble fidelidad a la voluntad de Dios y a la autoridad de la Iglesia en casos de conflicto es algo que en último término no se puede esclarecer a priori y conceptualmente. Sólo en el interior de la persona y del cuerpo de la Compañía se puede hacer una síntesis real, crucificada muchas veces, de esa doble fidelidad. La historia de la Compañía muestra que se llega a esa síntesis. El mero hecho de que la Compañía sigue sirviendo con dificultades y contradicciones es la mejor expresión de que esa síntesis es posible. Por ello puede decir el jesuíta con verdad, aun en momentos de conflicto, que es un hombre de Iglesia. Pero la raíz última de su identidad no está ahí, sino en su experiencia de Dios. La Iglesia es mediación importante de la voluntad de Dios y a cualquier mandato del Papa el jesuíta debe obedecer prontamente. Pero aun dentro de la Iglesia y obedeciendo a la Iglesia al jesuíta le sigue resonando la eterna pregunta: qué es lo que Dios quiere. Y eso es en último término lo que tiene que hacer.

(4) Con las reflexiones anteriores sobre el servicio concreto de la Compañía no hemos dicho nada sobre ningún servicio concreto, pero hemos dicho lo fundamental: el jesuíta debe hacer lo que Dios quiere. En virtud de ese Dios mayor que todo, pero que muestra su voluntad concreta, los jesuítas han realizado una impresionante variedad de servicios, desde confesar a reyes hasta a organizar a niños limpiabotas; han hecho cosas heroicas, como introducirse clandestinamente en países en que se perseguía a la Iglesia; cosas conocidas y de eficacia más inmediata, como dirigir colegios y universidades, o radios y revistas; cosas más oscuras y de eficacia más a la larga, como confeccionar gramáticas y diccionarios de lenguas desconocidas; cosas más riesgosas, como organizar pastoral y socialmente a campesinos; cosas, en fin, pintorescas, como dirigir un circo o estudiar la memoria olfativa de las abejas. Muchísimas cosas más se podrían añadir en el variado muestrario de servicios de la Compañía. No todas las han hecho bien; pero cuando las han hecho como *jesuitas* es porque han creído honradamente que ésa era la voluntad de Dios.

4. *El servicio crucificado: servir bajo la bandera de la cruz*

Para un análisis completo del servicio de la Compañía habría que añadir muchas otras características de ese servicio y las diversas cualidades que se le exigen al jesuita servidor. Para ello, de nuevo, habría que analizar los Ejercicios Espirituales, las Constituciones, las diversas normas de S. Ignacio, dictadas en reglas y en varias de sus cartas; habría que recordar también lo que S. Ignacio llamaba "el modo nuestro de proceder", sobre lo cual el P. Arrupe pronunció una iluminadora conferencia en 1979. No podemos ahora analizar en detalle la totalidad del peculiar modo de servir en la Compañía. Pero sí queremos mencionar al menos un punto de suma importancia para S. Ignacio. Hay que servir "bajo el estandarte de la cruz", como se dice en el inicio de la Fórmula del Instituto. Con esta caracterización del servicio no se apunta sólo a que los jesuitas toman parte por Jesús, bajo cuya bandera sirven, sino que se apunta a Cristo "crucificado" y crucificado "por servir". El servicio de la Compañía es por lo tanto por su esencia un servicio crucificado y los jesuitas son, como se dice en la introducción a las Constituciones, escrita probablemente por el P. Ribadeneira, "hombres crucificados al mundo y para quienes el mundo está crucificado".

4.1 S. Ignacio no tiene propiamente hablando una mística de la cruz, sino del crucificado. No propugna una visión ascético-dolorista de la vida de la Compañía, que busca se la cruz en sí misma, como si la cruz y el sufrimiento fue sen algo buenos en sí mismos, santos y santificadores. Naturalmente que él deseaba para la Compañía hombre sólidos, capaces de ascética y disciplina, fuertes ante el sufrimiento. Pero esto no nos introduce en lo más profundo de su visión de la cruz para el jesuita. Lo que nos introduce en ello es su contemplación de la persona y misión de Jesús: el jesuita debe seguir a un crucificado, que eligió un cauce crucificante para su servicio y que fue realmente crucificado por causa de ese servicio.

En la meditación de las dos banderas propone S. Ignacio los dos discursos que Cristo y Lucifer pronuncian ante sus

seguidores, para llevarlos a la salvación o a la condenación. De esta forma ofrece S. Ignacio dos cauces fundamentales de la vida. Es evidente que S. Ignacio quiere para los jesuitas que elijan el cauce de Cristo, no sólo para su propia perfección personal, sino para la realización de su servicio; pues las consignas de Cristo no son otra cosa en realidad que el modo concreto de vivir y servir del mismo Cristo. Según la bandera de Cristo el seguidor de Jesús debe estar en el cauce de la pobreza, "primero espiritual, y si su divina majestad fuese servida y los quiere elegir, no menos a la pobreza actual" (EE, n.146); de ahí en los oprobios y menosprecios; por último en la humildad. A lo que apunta S. Ignacio, dicho en lenguaje actualizado, es que el seguidor de Jesús debe re-crear el mismo proceso de la vida de Jesús. Esta comienza con la encarnación, que es ya en sí misma abajamiento, y lo es reduplicativamente porque es encarnación en la pobreza, en el mundo de los pobres, diríamos hoy. Cuando realmente se da esa encarnación en la pobreza ocurre con necesidad histórica lo que le ocurrió a Jesús y lo que le ocurre a los pobres: los oprobios y menosprecios.

Elegir la bandera de Cristo es ya una forma de crucifixión, porque es ya en sí misma kenosis y abajamiento y lleva consigo las consecuencias "humillantes" de la pobreza. Este tipo de crucifixión no proviene directamente del servicio pero es la condición para que exista un servicio cristiano.

Pero además, la bandera de Cristo no es sólo distinta, sino opuesta y antagónica a la bandera de Lucifer. S. Ignacio dice que hay tres escalones para la salvación: "el primero, pobreza *contra* riqueza; el segundo oprobio o menosprecio *contra* el honor mundano; el tercero humildad *contra* la soberbia" (n.146). Las dos banderas están entonces en pugna, una contra otra. Realizar un servicio según la bandera de Cristo significa automáticamente la oposición y la contradicción del mundo de pecado.

La oposición y contradicción le es inherente al servicio cristiano y es la forma más específicamente cristiana de crucifixión. Así aparece en los profetas, así aparece ejemplarmente en Jesús y de ello se convenció muy pronto

S. Ignacio. Ya en 1532 escribía: "A la hora que vuestra persona se determina, quiere y con todas sus fuerzas se esfuerza en gloria, honra y servicio de Dios Nuestro Señor, ésta tal ya pone batalla contra el mundo y alza bandera contra el siglo". Un servicio, por lo tanto, que sea como el de Jesús necesariamente lleva consigo la contradicción y a ello deben estar preparados los jesuitas. El Servicio de los jesuitas es, por lo tanto, necesariamente crucificante.

4.2 La historia de la Compañía muestra abundantemente que su servicio ha sido crucificado y crucificante. Cuando realmente ha hecho lo que Dios quiere ha mantenido también el ingrediente profético de la voluntad de Dios, que cuestiona, denuncia, desmascara y condena. Naturalmente que no todas las persecuciones y ataques a la Compañía deben ser comprendidos por pura fidelidad a la voluntad de Dios; también los errores y pecados de los jesuitas habrán sido causantes de la contradicción. Pero no está ahí ni la única causa ni, creemos, la más profunda de tales contradicciones, sino en su servicio.

Cuando la Compañía ha realizado la voluntad de Dios desde la bandera de Cristo el mundo de pecado ha reaccionado fuertemente contra ella. Quienes detentan cualquier tipo de poder económico, ideológico, social, político y, en ocasiones, eclesial la han atacado de mil maneras. La Compañía ha sido atacada, difamada, calumniada, perseguida, en más de 30 ocasiones expulsada de diversos países, una vez abolida; varios de sus miembros han sido encarcelados, torturados y martirizados. Todo comenzó con el mismo S. Ignacio quien también sufrió encarcelamientos, juicios inquisitoriales, prohibiciones de predicar. Pero todo lo que a él le pasó y a la Compañía naciente lo aceptó con paz, pues estaba convencido de que no había verdadero servicio sin contradicción; temía, más aún, que la Compañía no tuviese oposición, y dicen que solía pedir persecuciones para la Compañía.

Cuando la Compañía no sólo ha servido desde la bandera de Cristo, sino que ha tomado históricamente en serio la pobreza, como el primer escalón de esa bandera, entonces las persecuciones han arreciado todavía más. Cuando la Compañía, en forma historizada para la actualidad, ha insistido en vi-

vir la "pobreza actual", en encarnarse en el mundo de los pobres, en defender activamente su causa, entonces su servicio ha sido "crucificado", por las mayores penurias reales que esa encarnación conlleva, y ha sido, sobre todo, verdaderamente "crucificante", pues los ídolos de la riqueza le han declarado la guerra a muerte.

Eso es lo que está ocurriendo, creemos, en buena parte de la Compañía sobre todo en los países del Tercer Mundo y, en concreto, en América Latina. Cuando la Compañía ha tomado en serio la opción por los pobres, la promoción de la justicia, la liberación integral de los oprimidos, ha sentido la contradicción, el ataque y hasta el martirio desde todos los poderes de este mundo. Después de años de convivencia pacífica y aun armoniosa con esos poderes, ahora se cuentan muchos jesuitas entre los encarcelados, torturados, expulsados y asesinados.

Este tipo de crucifixión le corresponde al carisma de la Compañía, porque sobreviene necesariamente a un servicio que sea realizar la voluntad de Dios según la bandera de Cristo. También el jesuita sufre como todo hombre la crucifixión de su condición humana limitada; también como todo religioso sufre la crucifixión que ocasiona la vida de los votos, la necesidad de la ascética, los problemas internos dentro de su comunidad, de su orden y de la Iglesia. Pero su crucifixión más típica como jesuita creemos que le viene del servicio. Pero a esto debe estar dispuesto el jesuita que quiera servir. La última Congregación General lo ha recordado con claridad. "No trabajaremos, en efecto, en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio" (D.4, n.46). Quizás sólo quede añadir que esa misma crucifixión produce el gozo de parecerse más a Cristo --la gran gracia que pedía siempre S. Ignacio-- y el gozo de un servicio más eficaz: "Este trabajo hará más significativo nuestro anuncio del Evangelio y más fácil su acogida" (*ibíd*).

4.3 Con todo lo que hemos dicho quizás se haya esclarecido un poco nuestra tesis inicial: *el carisma de la Compañía es el servicio*. Sin duda habría que hablar de la espiritualidad del jesuita, del necesario temple y vigor de su fe, tanto más necesario cuanto más arriesgado y difícil es su servicio; habría que hablar de las virtudes "sólidas

y perfectas" que nos pide S. Ignacio, para no ser cañas frágiles que se quiebran al primer viento que sopla; habría que mencionar el tipo de gobierno paternal que pide S. Ignacio, para que los superiores ordenen conociendo la conciencia del jesuita, les envíen a misiones concretas en las que más pueden rendir según su propia capacidad e inclinación; habría que mencionar la "universalidad" de la Compañía, por la que hay que estar dispuesto a ir a cualquier parte del mundo; la realidad del "cuerpo" de la Compañía, que significa solidaridad, superación de protagonismos; habría que mencionar la vida interna de los jesuitas como "amigos en el Señor" y "compañeros de Jesús". Quizás habría que mencionar también que a pesar de que la Compañía ha crecido como árbol grande y frondoso, S. Ignacio gustaba de llamarla "mínima Compañía".

Estas y otras muchas cosas más habría que mencionar para tener una idea cabal del carisma de la Compañía. Para conocer su realidad histórica habría que añadir también sus pecados, como decíamos al principio. Pero todo ello tiene sentido en la Compañía si los jesuitas prestan un servicio, con el aliento de hacer siempre un mayor servicio, con el discernimiento a realizar la concreta voluntad de Dios y con la disponibilidad a la cruz.

5. El aporte de la Compañía a El Salvador

Para terminar voy a responder en muy breves palabras a la segunda pregunta que se me ha hecho: el aporte de los jesuitas a El Salvador. Ya conocen ustedes las obras que la Compañía lleva en el país: el Colegio Externado, la UCA, la ECA, el Centro de Reflexión Teológica, Vivienda Mínima, Fe y Alegría, la Iglesia del Carmen, el Centro Loyola para ejercicios y, hasta hace muy pocos años, la parroquia de Aguilares. Otras muchas cosas hacen los jesuitas, en la actualidad sobre todo en ayuda humanitaria, pero éstas son las principales. Más que describir y analizar cada una de estas obras quisiera más bien mostrar cómo reflejan el carisma de servicio, tal como lo hemos descrito, al menos en su intención, pero también en varias de sus realizaciones.

Los jesuitas de El Salvador, juntamente con muchos otros cristianos, sacerdotes, religiosos y religiosas, se

han preguntado en serio cuál es la voluntad de Dios para este país en esta época histórica; y han tratado de discernir esa voluntad en los signos de los tiempos: la miseria que clama al cielo, producto de estructuras injustas; la repre-sión generalizada, producto de la violencia institucionalizada; y, por otra parte, el anhelo de liberación integral de los oprimidos. Han encontrado la voluntad de Dios, pues, en lo que Medellín afirmó hace catorce años y recogió des-pués la CG XXXII.

Esta concreta voluntad de Dios significó en un primer momento un serio cuestionamiento para los jesuitas sobre si hacían lo que debían hacer y sobre si participaban en el pe-cado del país. Con dificultades y con los problemas inter-nos que causan esos cuestionamientos creo yo que la Compañía pasó por un proceso de conversión. Por ello, y sin nin-gún tinte demagógico, antes de hablar del aporte de la Compañía al país, habría que hablar del aporte de El Salvador a la Compañía, pues en último término han sido los rostros concretos de los pobres y oprimidos salvadoreños los que han exigido y posibilitado ese proceso de conversión; ellos han sido la mediación concreta para descubrir la voluntad de Dios y operar el necesario cambio.

Esta nueva voluntad de Dios hizo que se reorientasen las obras tradicionales de la Compañía en una línea de ser-vicio a los pobres; en Aguilares la Compañía realizó además una encarnación directa entre los pobres; pero allí desgra-ciadamente no nos dejaron siquiera ser pobres. Estas obras reorientadas han pretendido en su conjunto un servicio efi-caz al país, analizando las causas de la injusticia y propo-niendo principios de solución; también han pretendido, jun-tamente con muchos otros, participar en la renovación estruc-tural de la Iglesia.

Los jesuitas han pretendido responder a aquellos proble-mas más graves y urgentes del país, intentando prestar un ma-yor servicio. Por ello en un país en que no existe la verdad han pretendido anunciarla y analizarla en sus publicaciones; en un país en que se violan los derechos humanos con frecuen-cia han denunciado públicamente esas violaciones y apoyado las que hacen otras personas e instituciones; en un país en que la administración de la justicia es muy deficiente y en

muchas ocasiones nula, han apoyado todas las acciones de la Arquidiócesis y del Socorro Jurídico; en un país en que las mayorías se sienten impotentes, han fomentado la solidaridad internacional; en un país, sobre todo en los momentos actuales, de guerra, éxodo y miseria, han buscado ayuda humanitaria y han propiciado cualquier esfuerzo para acortar y humanizar la guerra.

Este servicio es también eclesial. Los jesuitas se han integrado cada vez más en la vida y pastoral de la Arquidiócesis y trabajan cada vez más en conjunción con otros sacerdotes, religiosos y religiosas. Frecuentemente han ayudado a la Arquidiócesis con su mejor disposición; han colaborado en la Conferencia de Religiosos, en la Directiva de Colegios Católicos, y en otras estructuras organizativas de la Arquidiócesis. Han colaborado también a que se fragüe una pastoral y una teología de acuerdo a la nueva situación eclesial. Tampoco han faltado las tensiones con miembros de la Iglesia institucional y la jerarquía de otras diócesis del país.

Los jesuitas han pagado un precio por todos estos servicios. El P. Rutilio Grande fue asesinado, varios jesuitas han sido expulsados, otros no pueden entrar al país. Con gran frecuencia y con increíble virulencia los jesuitas han sido atacados y calumniados en periódicos y hojas volantes. Con gran frecuencia también sus residencias privadas y sus instituciones han sufrido ataques físicos, ametrallamientos y explosiones de bombas. Han abundado las amenazas de muerte a varios de ellos, y en una ocasión se amenazó a todos ellos. Sin embargo, con sencillez, se han quedado, porque creen que ésa es la voluntad de Dios, eso les exige el mayor servicio y esa es la forma que toma hoy un servicio crucificado.

Creo yo que el carisma de la Compañía está vivo en El Salvador. Como decía al principio, ustedes conocen las equivocaciones y los fallos de los jesuitas. Pero con esos fallos y a pesar de ellos los jesuitas no pretenden en último término más que prestar un servicio a la Iglesia y al país, allá donde se necesita un servicio eficaz, difícil y arriesgado. Lo que han pretendido los jesuitas de El Salvador no es otra cosa que historizar el carisma de la Compañía, tal

como lo presenta para nuestro tiempo la CG XXXII:

"¿Qué significa hoy ser compañero de Jesús? Comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma exige.

La Compañía de Jesús reunida en su Congregación General XXXII, después de considerar el fin para que fue fundada, es decir, la mayor gloria de Dios y el servicio a los hombres, después de reconocer con arrepentimiento sus propios fallos en la defensa de la fe y en la promoción de la justicia, y de preguntarse a sí misma ante Cristo crucificado, lo que ha hecho por El, lo que está haciendo por El y lo que va a hacer por El, elige la participación en esa lucha como el punto focal que identifica en la actualidad lo que los jesuitas hacen y son" (D.2, nn.2 y 3).

